

LA CASA FASTUOSA

Aquella tarde de octubre, Alfredo salió a caminar por el barrio como siempre lo hacía por recomendación del médico. Al llegar a la esquina, tuvo un impulso inusual: tocar el timbre de esa casa fastuosa, de la que no se veía salir ni entrar gente. Después de haber tocado, se arrepintió, pero se quedó esperando unos segundos y cuando se disponía a seguir caminando, escuchó una voz muy extraña que dijo:

- Alfredo, pase...

Alfredo volteó y vio un aparato que le hablaba y lo conocía. Sorprendido y confuso, intentó irse. De nuevo esa voz metálica que dijo:

- No se vaya, mi amo lo espera...

Alfredo entró nervioso y pensando "esto debe ser un robot", a continuación el robot le pidió que espere un momento en el hall. Se quedó allí mirando con la boca abierta: Había cuatro salas enormes, cada una acondicionada para cada estación del año. Alfredo se acercó despacio a la que se veía más iluminada:

En esa sala era verano: una hermosa pileta rodeada de palmeras, arena blanca, reposeras, un bar con fuentes rebosantes de frutas y tragos tropicales. Alfredo, temeroso, se acercó a tocar la arena para ver si era real.

En la sala que seguía era otoño: un bosque con pajaritos revoloteando de rama en rama, suave brisa que hacía caer las hojas formando una alfombra amarilla, pequeños arroyos que venían entre los árboles desembocando juntos en un río que se perdía en el infinito.

En la tercera sala, invierno: lluvia constante, el paisaje era verde y gris, unos bancos con techo para sentarse a ver la lluvia caer.

En la cuarta sala era primavera: las especies de flores más exóticas estaban allí, floreciendo impecables sobre un césped cortado perfecto, pájaros que cantaban.

Con la boca abierta seguía Alfredo, cuando escuchó una voz a sus espaldas:

- Alfredo, vecino, gusto en verlo.

Alfredo se dio vuelta e inmediatamente reconoció a ese hombre, que hacía un par de años había salido en todos los diarios del mundo por el robo más millonario que alguien hubiera cometido. Recordó esa cara era el famoso "Cara de piedra Torres". Cerró la boca, tragó saliva y asustado le extendió la mano y dijo:

- Mucho gusto... -agregó- ¿Usted me conoce?

- Sí, conozco a todo el vecindario -hizo una pausa y continuó- Alfredo ¿Usted me reconoce?

- No señor -dijo Alfredo avanzando hacia la puerta- disculpe si lo molesté... al tocar en su puerta.

- De ninguna manera, ya que vino, quédese a cenar conmigo, por favor...

Alfredo no atinaba qué hacer, estaba aterrado y arrepentido de haber tocado el timbre.

- En casa me esperan...

- Venga que le muestro algo antes de irse -le dijo, tomándolo del brazo y guiándolo hacia las escaleras. Subieron, entraron en una sala, con las maquinarias más variadas y muchas pantallas de televisión.
- Vea Alfredo –dijo, tocando un botón e indicándole una pantalla- a usted nadie lo espera, ésa es su casa y usted está tan solo como yo.

Alfredo, sin palabras miraba su casa por dentro. Luego preguntó:

- ¿Sólo mi casa se ve?
- No amigo, mire -apretando otro botón, apareció la casa del vecino- desde aquí puedo ver a todos mis vecinos.
- Pero... ¿Por qué lo hace?
- Bueno, estoy muy solo y mi única conexión con el mundo exterior son estas pantallas.

Alfredo sintió escalofríos y un poco de lástima y aceptó cenar con él. La comida preparada por los robots estaba muy buena. Al beber el último trago de vino, Alfredo cayó desmayado sobre la mesa.

Cara de piedra Torres, llamó a sus robots que levantaron el cuerpo de Alfredo y se lo llevaron a una sala preparada para la ocasión: había dos cápsulas tamaño hombre, pusieron el cuerpo de Alfredo en una y en la otra se introdujo Cara de piedra Torres y unidos por las manos comenzó el traspaso de identidad.

Todo resultó de maravilla, el operativo duró una hora, Cara de piedra Torres salió de la cápsula en el cuerpo de Alfredo y el otro cuerpo quedó allí para siempre. Feliz, se miraba al espejo una y otra vez, ahora podía salir de ese encierro de veinte años.

Antes de abrir la puerta, tomó algunas pertenencias, en especial las tarjetas de crédito y un control remoto, miró cada lugar de la casa, miró a sus robots con cariño y salió, cerró la puerta, caminó por la vereda, a la mitad de cuadra, sacó el control de su bolsillo, apretó un botón, al escuchar la explosión en la esquina, sonrió.

Alfredo Cara de piedra Torres, decidido a festejar su triunfo, dirigió sus pasos hacia el centro de la ciudad, iría a comer al mejor restaurant y al más caro. Pero al cruzar una calle, se distrajo en sus pensamientos, y lo atropello un colectivo.

Alfredo Cara de piedra Torres, se había olvidado de caminar por la ciudad.